

Los nombres del mundo

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original:

The Golden Thread. The Story of Writing

En cubierta: William Morris, papel pintado Pimpernel (1876)

© incamerastock / Alamy

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ewan Clayton, 2013

Publicado originalmente por Atlantic Books Ltd.

© De la traducción, María Condor

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-64-6

Depósito legal: M-21.651-2025

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Ewan Clayton

LOS NOMBRES DEL MUNDO

Una historia de la escritura

Traducción del inglés
de María Condor

Siruela

Biblioteca de Ensayo 156 (Serie Mayor)

A mis padres, Ian y Clare Clayton



Fig. 1. Johannes Vermeer, *Mujer escribiendo*, c. 1665.

Índice

Introducción	11
I Los cimientos latinos	17
II La comodidad del códice	49
III Hablar a través de los sentidos	73
IV El nuevo mundo: la escritura y la imprenta	99
V Pasando página: Reforma y renovación	131
VI El regreso de la escritura a mano	157
VII Poner en orden el mundo de la palabra escrita	189
VIII El advenimiento de la industria	207
IX La era industrial	239
X Revoluciones en el arte y en la impresión	269
XI Sueños alternativos	303
XII El artefacto material	339
Bibliografía	363
Agradecimientos	382
Listado de ilustraciones	384
Índice analítico	387

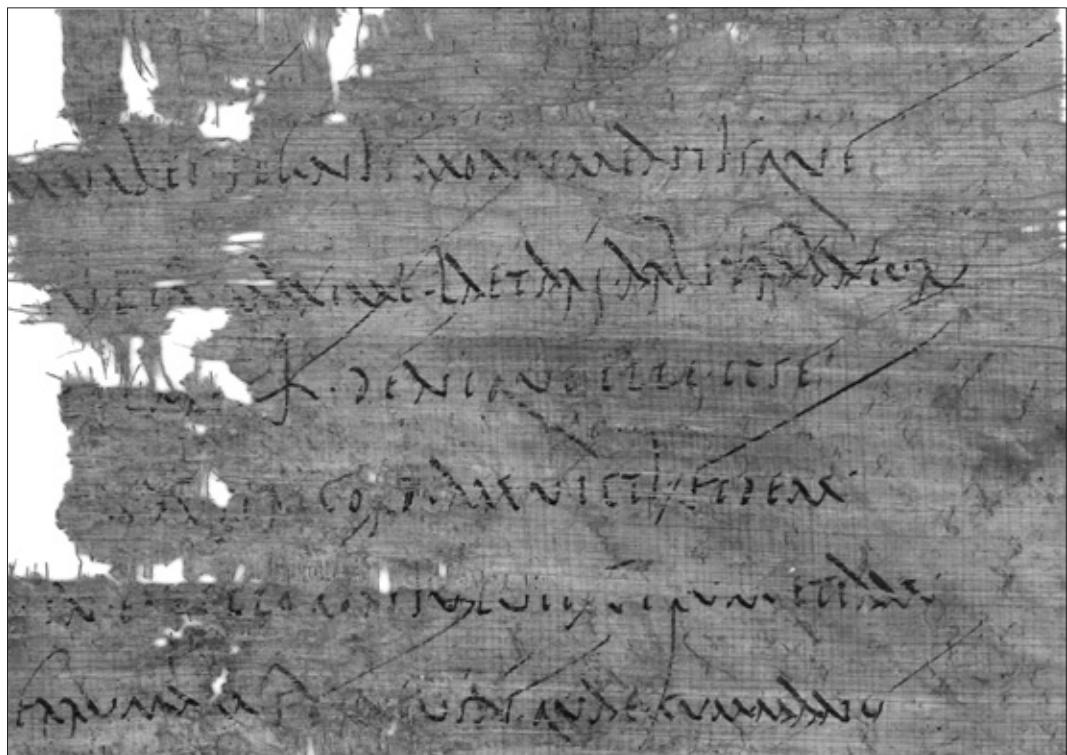


Fig. 2. Escritura romana con pluma de caña sobre fragmento de rollo de papiro. Pasaje del discurso de Cicerón *In Verrem*, primera mitad del siglo I.

Introducción

Por lo que se refiere a la palabra escrita, nos encontramos en uno de esos momentos decisivos que se producen raras veces en la historia de la humanidad. Estamos presenciando la introducción de nuevos medios y herramientas de escritura. No ha sucedido más que dos veces en lo concerniente al alfabeto latino: una, en un proceso que duró varios siglos y en el que los rollos de papiro dejaron paso a los libros de vitela, en la Antigüedad tardía; y otra, cuando Gutenberg inventó la imprenta de tipos móviles y el cambio se difundió por toda Europa en una sola generación, a finales del siglo xv. Y ahora, el cambio significa que durante un breve periodo muchas de las convenciones que rodean a la palabra escrita se presentan fluidas; somos libres para imaginar de nuevo cómo será la relación que tendremos con la escritura y para configurar nuevas tecnologías. ¿Cómo se verán determinadas nuestras elecciones? ¿Cuánto sabemos del pasado de este medio? ¿Para qué nos sirve la escritura? ¿Qué herramientas de escritura necesitamos? Tal vez el primer paso para responder a estas preguntas sea averiguar algo del modo en que la escritura llegó a ser como es.

Empecé a preocuparme por estas cuestiones cuando, a los doce años, me volvieron a poner en la clase de los más pequeños para aprender a escribir de nuevo. En mis primeros cuatro años de escuela me habían enseñado tres clases diferentes de escritura; la consecuencia fue que estaba hecho un auténtico lío en cuanto a la forma que debían tener las letras. Todavía recuerdo que, a los seis años, me eché a llorar cuando me dijeron que la letra **f** de imprenta que yo hacía «estaba mal»: en aquella clase la **f** tenía muchos lazos y yo no entendía por qué.

Volver a la clase más básica fue algo ignominioso. Pero mi familia y los amigos de la familia me procuraron libros sobre cómo escribir bien. Mi madre me regaló un juego de plumas para caligrafía. Mi abuela me prestó una biografía para que la leyera: era la de Edward Johnston, un hombre que vivió en el pueblo en que yo fui a la escuela primaria. Era la persona que había impulsado la recuperación del interés por el perdido arte de la caligrafía en el mundo de habla

inglesa a comienzos del siglo xx. Resulta que mi abuela lo conocía: iba a bailar danzas escocesas con la señora Johnston, y mi madrina, Joy Sinden, había sido una de las enfermeras del señor Johnston. «Dígame usted», le había preguntado el señor Johnston una vez en la oscura vigilia de una noche con su lenta, pausada y sonora voz, «¿qué pasaría si plantara una rosa en el desierto?... Yo digo: pruebe a ver».

Johnston desarrolló los caracteres que el London Transport sigue usando hasta el día de hoy. Yo me enganché pronto a las plumas, a la tinta y a las formas de las letras, y así comenzó una búsqueda, que duraría toda mi vida, encaminada a descubrir más cosas acerca de la escritura.

Varias experiencias más enriquecieron esta búsqueda. Mis abuelos vivían en una comunidad de artesanos cerca de Ditchling, en Sussex, fundada en los años veinte por el escultor y tallista de letras Eric Gill. Al lado de la tejeduría de mi abuelo estaba el taller de Joseph Cribb, que había sido el primer aprendiz de Eric. Los días que no había colegio me dejaban ir al taller de Joseph, donde me enseñó a usar el cincel y a tallar dibujos en zigzag en bloques de caliza blanca. Me enseñó también a hacer las incisiones en forma de V que componen las letras esculpidas. Me hice una idea de cómo habían nacido las letras. Más adelante, al salir de la universidad, me formé como calígrafo y encuadernador, y empecé a ganarme la vida en el oficio. Quiero decir que aprendí a cortar una pluma de ave, a preparar el pergamo y la vitela para escribir, y a hacer libros a partir de una pila de papel satinado, cartón y pegamento, aguja e hilo.

Cuando tenía veintitantes años, tras una grave enfermedad, decidí entrar en un monasterio. Viví allí cuatro años, primero como lego y después como fraile. Pensaba que esto significaría dar la espalda a la caligrafía para siempre, pero me equivocaba. El abad, Victor Farwell, tenía una hermana favorita, Ursula, que había sido secretaria de la Sociedad de Amanuenses e Iluminadores, de la cual yo era miembro. Ella vio mi nombre en la lista de frailes y dijo a su hermano: «*Tienes que dejarlo cultivar su oficio*». Así, como un escriba de antaño, me convertí en un calígrafo monástico del siglo xx. Cuando se pasan muchas horas del día en silencio, las palabras llegan a tener un nuevo poder. Aprendí a escuchar y a leer de una manera nueva.

Después, cuando dejé el monasterio a finales de los ochenta, me esperaba otra experiencia poco habitual. Fui contratado como asesor de Xerox PARC, el Palo Alto Research Center de Xerox Corporation, en California. En este laboratorio se inventó el ordenador personal en red, el concepto de Windows, el Ethernet y la impresora láser, además de gran parte de la tecnología básica que está detrás de nuestra actual revolución de la información. Fue allí donde Steve

Jobs vio por primera vez la interfaz gráfica de usuario que proporcionó imagen y sentimiento a los productos de Apple que todos hemos llegado a conocer tan bien. Así pues, cuando Xerox PARC quiso que un experto en el arte de la escritura se sentara al lado de sus científicos para construir el mundo feliz de lo digital en el que todos vivimos ahora, por la razón que fuese yo me convertí en esa persona. Fue una experiencia que cambió mi vida y transformó mi visión de lo que es escribir.

Fue fundamental en esta experiencia David Levy, un científico informático al que había conocido durante el tiempo libre que se tomó para estudiar caligrafía en Londres. Fue él quien me invitó a entrar en PARC y de quien aprendí las perspectivas esenciales que han forjado esta historia¹. Por tanto, pienso que es con PARC y con David Levy en particular con quienes tengo una deuda de gratitud por haber escrito esta historia.

Hasta ahora, mi experiencia de lo que significa leer y escribir ha estado llena de contrastes: del monasterio a un centro de investigación de alta tecnología, de la pluma de ave y los libros encuadrados al correo electrónico y el futuro digital. Pero durante todo mi periplo me ha parecido importante mantener pasado, presente y futuro en una tensión creativa, no ser demasiado nostálgico de cómo eran antes las cosas ni volverme demasiado tarumba con la era digital como la respuesta a todo: la salvación por la tecnología. Yo veo cuanto está ocurriendo ahora –la web, la informática móvil, el correo electrónico, los nuevos medios digitales– como un continuidad con ese pasado. Hay dos cosas de las cuales podemos estar seguros: la primera, que no toda la anterior tecnología de la escritura va a desaparecer en los años venideros; y la segunda, que seguirán apareciendo nuevas tecnologías: cada generación tendrá que replantearse lo que en su propia época significa leer y escribir.

De hecho, nuestra educación en la escritura no parece cesar nunca. Mi padre, que tiene más de ochenta años, lleva cuarenta y siete escribiendo una carta a sus seis hijos cada lunes. En este tiempo, su «Queridos míos» ha migrado de la pluma estilográfica y el papel de cartas con membrete al bolígrafo y al rotulador; después, a mediados de los setenta, aprendió él solo a escribir a máquina, usando papel carbón para hacer copias que mecanografiaba en hojas de tamaño A4. El paso siguiente fue utilizar una fotocopiadora para copiar sus originales y ahora se ha comprado un Mac y la cartas las envía por correo electrónico, con la dirección de cada uno de mis hermanos y

¹ Véase D. M. Levy, *Scrolling forward. Making sense of documents in the digital age*, Arcade, 2001.

hermanas cuidadosamente pegadas al recuadro «CC» de sus correos. Está aprendiendo un nuevo lenguaje de fuentes y cursor, clics primario y secundario, módems y wifi. En su último cumpleaños le compramos una cámara digital y ahora sus cartas contienen imágenes o películas cortas.

El libro que tienen ustedes en sus manos ha surgido porque yo quería reconstruir una historia de la escritura en alfabeto latino que reuniera las diversas disciplinas que la rodean, aunque en lo fundamental mi perspectiva es la de un calígrafo. El conocimiento de la escritura lo conservan en muchos lugares diferentes expertos en distintas culturas, estudiosos de la epigrafía (la escritura en piedra) y la paleografía (el estudio de la escritura antigua), calígrafos, tipógrafos, abogados, artistas, diseñadores, tallistas de letras, rotulistas, científicos forenses, biógrafos y muchos más. Lo cierto es que escribir este libro se me antojó en ocasiones una tarea imposible: parecía que cada década y cada tema tenía sus expertos, ¿cómo podría uno dominar cinco mil años de todo esto? He tenido que aceptar que no puedo, pero espero darles una idea, un panorama general que tal vez los lleve a explorar por su cuenta otras facetas de la historia.

En cierto sentido, este libro es una historia de la artesanía en relación con la palabra escrita. Puede que resulte un concepto anticuado. Pero mientras estaba escribiendo este libro, en octubre de 2011, lamentablemente murió Steve Jobs, el cofundador de Apple. Aquel mes se publicó su biografía autorizada. Todos los autores que han repasado la vida y la obra de Jobs coinciden en una cosa: sentía pasión por la artesanía y el diseño, y esto fue lo que marcó la diferencia en Apple y en el propio Jobs. Hay dos perspectivas que parecen haber complementado su percepción del diseño: «Tienes que empezar por la experiencia de cliente y luego ir hacia atrás, a la tecnología, y no al revés»². Y que esos grandes productos sean un triunfo del gusto, y el gusto aparece, decía Jobs, «entrando en contacto con las mejores cosas que han hecho los seres humanos y tratando luego de incluir esas mismas cosas en lo que uno está haciendo»³.

Una de las experiencias importantes que confirman el punto de vista de Jobs había sido su contacto con la historia y la práctica de la «escritura» durante un curso en el Reed College de Portland, Ore-

² De un discurso pronunciado en 1997 para la tercera reunión de desarrolladores de software de Apple, citado en la necrológica de Steve Jobs, *The Guardian*, 6 de octubre de 2011.

³ De la necrológica de Steve Jobs, *The New York Times*, 6 de octubre de 2011.

gón. Reed era uno de los pocos *colleges* de Norteamérica que ofrecían clases de caligrafía. Cuando Jobs siguió su inclinación y se aplicó a la caligrafía se vio inmerso en un amplio panorama de historia cultural y selecta artesanía de escritura a mano y tipografía que fue una revelación para él. Completaba la perspectiva que aprendió de su padre adoptivo, ingeniero mecánico: la artesanía era importante.

Steve Jobs era un tecnólogo que había comprendido: sabía que el aspecto de las cosas y la sensación que producen eran importantes; que la manera en que nos interrelacionamos con ellas no era solamente valor añadido, sino que formaba parte de su alma, contenía significado, nos permitía relacionarnos y vivir ellas, para poner la mayor parte posible de nuestra humanidad en la comunicación. La verdad es que en esta historia hay muchas personas como Steve Jobs, personas que se han esforzado por hacer de la comunicación entre los individuos una experiencia más enriquecedora y satisfactoria. Esta es su historia y, como nosotros somos los herederos de las elecciones que hicieron, es también la nuestra.

Algo de lo que me he dado cuenta escribiendo este libro es de lo jóvenes que somos en nuestra relación con la palabra escrita. No fue hasta el siglo pasado cuando la escritura se convirtió en una experiencia común, y no fue hasta las últimas décadas cuando los jóvenes empezaron a desarrollar su propia cultura gráfica característica. La escritura tiene un futuro apasionante. ¿Podemos seguir imaginando de nuevo cómo apelará el mundo de la palabra escrita a la plenitud de nuestra humanidad? Yo digo que sí... prueben a ver.